

PATRICIA MARTÍNEZ GARCÍA

LA POSMODERNIDAD Y LA «CRISIS» DE LA HISTORIA:  
DOS VERSIONES CONTEMPORÁNEAS  
DE LA FICCIÓN HISTÓRICA

«Ninguna historia puede ser contada» afirma el Supremo de Roa Bastos (1987, 102). Y sin embargo, a pesar de esta rotunda afirmación, el Supremo no renuncia a una extensa y compleja narración que se propone contar no sólo la historia del Supremo Dictador Rodríguez de Francia, sino también la totalidad de la Historia paraguaya, e instituir además una lección de Historia destinada a todos y cada uno de sus súbditos y, por qué no también, en última instancia, al propio lector.

En esta paradoja se perfilan los problemas que se anudan en torno a las relaciones entre la historia y la ficción, que la narrativa historicista más reciente parece haber asumido, desde la autoconciencia reflexiva que la caracteriza, como una de sus cuestiones más propias.

Problemas relativos, de una parte, al proceso mismo de contar, relatar o ficcionalizar, como proyecto mimético y cognitivo, y a las condiciones de posibilidad de una representación completa de la historia (o de una historia), acaso suscitados por la llamada crisis de la referencialidad, que afecta tanto al lenguaje como a la obra literaria. Y problemas que se derivan, de otra parte, de la noción de historia como objeto de saber, que el pensamiento teórico contemporáneo ha problematizado, apoyándose tanto en la revisión autocrítica a la que se ha sometido la epistemología histórica, como en la crisis de la concepción humanista ilustrada de la historia, que supone para algunos, la constatación de los límites de la hermenéutica de la historia, y la ruptura con las representaciones de la misma hasta el momento vigentes en Occidente.

*En torno a la crisis de la Historia*

Sin pretender alzar un inventario exhaustivo de todos los testimonios que avallan la «crisis» de la Historia, sí convendría al menos recordar que lo esencial del requisitorio se halla contenido en los anatemas proféticos de la segunda de las *Consideraciones inactuales* de Nietzsche (1874)<sup>1</sup>, y que discurriendo por esta misma

---

<sup>1</sup> Nietzsche, F. (1964), «De l'utilité et des inconvenients de l'histoire pour la vie», *Considérations inactuelles*, trad. franc. de G. Bianquis, París, Aubier.

vía, otros pensadores, como Walter Benjamin, llegarían a sistematizar aquella visión escéptica de la historia y de sus conclusiones, aplicándose en demostrar cabalmente que la historia como proceso unitario, como historia del progreso ordenada hacia un fin, no es sino una representación del pasado construida por las «clases dominantes»<sup>2</sup>.

De un tiempo a esta parte, los argumentos a favor de la «crisis» de la historia no han dejado de organizarse en diversos frentes de ataque, ya sea centrándose en el cuestionamiento de las formas y de los métodos del conocimiento historiográfico, ya sea arremetiendo contra la cuestión del sentido y de la finalidad de la historia y sometiendo a discusión el concepto crucial del programa ilustrado: a saber, la tesis del progreso.

No es en modo alguno novedoso recordar que el Nuevo Historicismo ha sido el principal artífice de la doctrina tan en boga actualmente según la cual todo conocimiento histórico es necesariamente relativo, se halla determinado por la situación del historiador y abocado a cambios con el transcurrir del tiempo<sup>3</sup>. Cuestiones ante las que historiadores menos afines a esta doctrina, no han podido sustraerse, como lo demuestran las posteriores reflexiones de J. I. Marrou —«L'histoire est vraie, mais cette connaissance est partielle»— (1954, 63) o de P. Veyne: «L'histoire est connaissance mutilée» (1971, 24).

La razón de esta parcialidad o limitación del conocimiento histórico ha sido atribuida, en primer lugar, a la naturaleza de la base empírica sobre la que trabaja el historiador, a la intangibilidad de lo acontecido en el pasado y su necesaria reconstrucción a partir de documentos, testimonios, huellas de carácter parcial, lacunario y a menudo indirecto<sup>4</sup>. A todo ello habría que añadir el carácter heterogéneo de los materiales de que se compone la historia y su virtual descomposición en una infinidad de objetos de conocimiento pertenecientes a distintos campos del saber. Como ya señaló Lévi-Strauss, «L'histoire est un ensemble discontinu, formé par des domaines dont chacun est défini par une fréquence propre»<sup>5</sup>.

Al escepticismo metodológico alentado por el Nuevo Historicismo se alía, por otra parte, el celo «cientifista» que, tras la «tormenta revisionista» (Fontana, 1992), ha llevado a la historia a buscar el auxilio de otras ciencias sociales menos controvertidas y a imitar los métodos de otras disciplinas «más científicas», ocasionando acaso también el desmenuzamiento del análisis en historias microsectoriales, pequeñas visiones que se proponen como alternativas más científicas a «la supuesta vaguedad de una historia total» (Fontana, 1992, 25). A todo ello habría que añadir, por último, el efecto del «giro lingüístico»<sup>6</sup> en los estudios históricos, y la consiguiente consideración de la historia como pasado textualizado, como un discurso

---

<sup>2</sup> Benjamin, W. (1973), «Tesis de Filosofía de la Historia», en *Discursos ininterrumpidos*, I, trad. cast. de J. Aguirre, Madrid, Taurus, 175-191.

<sup>3</sup> Cfr. F. von Hayek, *Scientisme et Sciences sociales*, Plon, 1953, pp. 57-60; 80; K. Popper, *Misère de l'Historicisme*, Plon, 1956, pp. 79-80.

<sup>4</sup> «En aucun cas ce que les historiens appellent un événement n'est saisi directement et entièrement, il l'est toujours incomplètement et latéralement à travers des documents et des témoignages, disons à travers des *tekmeria*, des traces» (P. Veyne, 1971, 14).

<sup>5</sup> C. Lévi-Strauss (1962), *La pensée sauvage*, Paris, Plon, 340-348.

<sup>6</sup> Cfr. R. Rorty (1990), *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós.

que como tal debe ser analizado, consideración que amenaza con convertir la investigación histórica en una práctica semiótica destinada a desmontar las ideologizaciones legitimadoras, o a desentrañar las «trampas», las ocultaciones adheridas a las representaciones textuales del pasado: «Faire de l'histoire —indica M. de Certeau— c'est une pratique qui aboutit à la production d'un discours, l'opération finale, l'écriture, elle même responsable de distorsions, d'inversions, de trahisons et de ruses complémentaires» (1975, 101).

La crítica de la historiografía y de la epistemología histórica, así como el escepticismo en torno a la visión que la historia tradicional nos ha legado del pasado, sin duda han intervenido en los cambios que afectan a la conciencia histórica contemporánea, aunque no han sido ni su única causa ni tampoco la más concluyente.

La desfundamentación, por parte de la hermenéutica contemporánea, de las categorías filosóficas que, desde la Ilustración, habían canalizado la interpretación de la historia, ha constituido un factor determinante de la «crisis» paralela de la filosofía de la historia.

En razón de la inasequibilidad de los fines y valores supremos que caracterizan la ideología de la ilustración<sup>7</sup>, las propuestas que han cristalizado en la segunda mitad del siglo XX convergen en señalar las dificultades de seguir considerando la Historia como un proceso seguro de avance, orientado hacia el cumplimiento de la voluntad de poder de la humanidad sobre sí misma y sobre la historia: «La historia tal y como ha sido concebida hasta hoy no existe ya en absoluto. Es utópica en el sentido de que no se halla en ninguna parte que no sea la memoria y la interpretación»<sup>8</sup>. La remisión del impulso totalitario y centralizador del pensamiento ilustrado, y la disolución de los puntos de vista supremos, los ejes únicos desde los que interpretar la historia de forma objetiva, ha significado, para algunos, la ruptura con las representaciones de la historia hasta el momento vigentes en el pensamiento occidental, o en palabras de G. Vattimo, «el fin de todo proyecto y normativa histórica totalizante» (1986, 154), propiciando la consiguiente pérdida de estabilidad conceptual, la fuga de la certidumbre hacia la indeterminación.

La hermenéutica contemporánea se sitúa, por tanto, ante el problema del sentido de la historia —como significado y como dirección— desde una perspectiva inédita: la pregunta ¿cuál es el sentido de la historia? dejaría lugar a las de: ¿la historia tiene un sentido?, ¿podemos seguir buscándole un sentido?

Como señala P. Ricoeur, abandonar el sistema de pensamiento hegeliano, ya sea por la vía de Nietzsche, de Kierkegaard, de Feuerbach o de Marx, o la de la Escuela Historicista alemana, implica la renuncia a interpretar el sentido de la historia a partir de una explicación totalizadora:

La sortie de l'hégélianisme signifie le renoncement à déchiffrer la suprême intrigue (...) Nous ne cherchons plus la formule sur la base de laquelle l'Histoire du monde pourrait être pensée comme totalité effectuée, même si cette effectuation est tenue pour inchoative, voir ramenée à l'état de germe (Ricoeur, 1985, 298).

---

<sup>7</sup> Estos valores y fines supremos podrían identificarse con los tres grandes *topoi* que, según P. Ricoeur, caracterizan la ideología de la Ilustración: Nuevos Tiempos, aceleración de la marcha de la historia, y dominio de la historia (Ricoeur, 1985, 307).

<sup>8</sup> L. Álvarez (1996), «Más allá del pensamiento débil», G. Vattimo, *Filosofía, Política, Religión. Más allá del pensamiento débil*, Oviedo, Nobel.

En ausencia de fundamento o de verdad última, la búsqueda del sentido de la historia se habría desplazado del centro a los márgenes, de la «vía única» hacia «la multiplicación de los horizontes de sentido» (Vattimo, 1986, 13), suplantándose «los grandes metarrelatos legitimadores» por «millares de historias pequeñas o no tan pequeñas que continúan tramando el tejido de la vida cotidiana» (Lyotard, 1987, 121).

Y de otra parte, si la historia carece de fuerza determinativa, carece también de finalidad, por lo que la cuestión del sentido de la historia y de su dirección nos conduciría al problema del fin, que el pensamiento contemporáneo parece haber asumido como una de sus cuestiones más propias. Problema que debe entenderse al menos en dos sentidos: el de fin como acabamiento —problema histórico— y el de fin como finalidad —problema ético<sup>9</sup>.

En nombre de la «indeterminación» (Baudrillard, 1985, 13) y de la descalificación de «los grandes metarrelatos legitimadores» (Lyotard, 1984), el pensamiento reciente se esfuerza, como ha señalado F. Kermonde, en pensar el presente como un momento inédito en la historia, sumergido en una «crisis perpetua», convertida en una peripecia distendida indefinidamente por el fin inminente (1966, 59). Crisis que, según P. Ricoeur, habría reemplazado el final por una transición sin fin: de «inminente» —señala P. Ricoeur— se ha hecho «inmanente», convirtiéndose en un «mito de la crisis» (1985, t. 2, 47). En esa transición sin conclusión, la idea de progreso, como cumplimiento de los fines supremos de la historia, se diluye al verse éste postergado indefinidamente hacia un futuro cada vez más lejano. La utopía ilustrada deviene así «ucronía» (Ricoeur, 1985, t. 2, 49).

### *La ficción narrativa y la narración de la historia*

Pero abandonemos aquí los problemas que ha suscitado «la Filosofía del fin de la Filosofía de la Historia» (Vattimo, 1996, 24), y volvamos a la literatura para intentar comprender cómo reacciona ésta ante esta «crisis de la historia», o más concretamente, como responde la ficción ante el «fin de la historia». Cuestión tanto más relevante si tenemos en cuenta que también desde la literatura algunas voces han proclamado el fin de la literatura, y desde la narrativa, el fin de la historia.

En lo referido a las relaciones entre la narración historiográfica y el relato de ficción, conviene recordar que los autores que se han interesado por este problema, ya sea desde la perspectiva narratológica (Barthes, Genette), retórica (White), epistemológica (Weyne) o hermenéutica (Ricoeur), coinciden en resaltar las similitudes que se dan entre ambos discursos.

Desde el punto de vista narratológico, Roland Barthes se ha interrogado en varias ocasiones acerca de las eventuales relaciones entre el relato de ficción y el relato histórico: «La narration des évènements passés diffère-t-elle vraiment par quelque trait spécifique, par une pertinence indubitable, de la narration imaginaire, telle qu'on peut la trouver dans l'épopée, le roman, le drame?» (Barthes, 1967, 65). Dejando de lado la intencionalidad referencial de la narración historiográfica, los

---

<sup>9</sup> C. Dumoulié. (1995), «Histoire des idées et comparatisme», *Revista de Filología Francesa*, 7, Univ. Complutense, Madrid, 157-171, 166.

análisis de Barthes se centran en demostrar que ambos discursos coinciden en perseguir la consecución del «efecto de realidad»<sup>10</sup>. Pero es sin duda G. Genette quien, aplicándose en desentrañar las relaciones entre lo «ficcional» y lo «factual» mediante un exhaustivo análisis de las posibles combinatorias discursivas, ofrece la visión más completa y ajustada del problema, de la que se infieren más coincidencias que divergencias entre ambos discursos. (1991, 65-93).

Ahondando en este mismo problema desde otra perspectiva, H. White cifra el débito de la Historia con respecto a la ficción en la apropiación por parte de la primera de los moldes propios del régimen imaginativo, al consistir el trabajo del historiador en hacer de la estructura narrativa un «modelo» capaz de representar el pasado, adaptando «una determinada estructura de intriga a los acontecimientos que desea revestir de una cierta significación» (1978, 48). Pero además, novela e historia no sólo serían indiscernibles en cuanto que artefactos verbales, sino que comparten además, según H. White, la aspiración de ofrecer una imagen verbal de la realidad, regida por los principios de «coherencia» y «correspondencia», ya que «todo discurso escrito es cognitivo en cuanto a sus objetivos y mimético en cuanto a sus medios» (1978, 122).

Por su parte, P. Ricoeur, define esta relación en términos de intercambio o referencia cruzada, «un empiétement réciproque, une échange de place » (1985 II, 270):

l'intentionnalité historique ne s'effectue qu'en incorporant à sa visée les ressources de fictionnalisation relevant de l'imaginaire narratif, tandis que l'intentionnalité du récit de fiction ne produit ses effets de détection et de transformation de l'agir et du pâtir qu'en assumant symétriquement les ressources d'historicisation que lui offrent les tentatives de reconstruction du passé historique (1985, t. 2, 150).

Desde el punto de vista de Ricoeur, relato ficcional y relato histórico no sólo comparten similares modelos narrato-discursivos, sino que se asimilan también en su común ambición de significar la experiencia humana de la historia. De tal suerte que la función narrativa, en su sentido más amplio, desde la epopeya a la novela moderna, desde la leyenda a la historiografía, podría definirse por su pretensión de interpretar y refigurar los cambios que afectan a la condición humana histórica, asimilándose en esta tarea a una hermenéutica de la historia (1985, t. 2, 151).

Así, si para H. White, ficción literaria y narración historicista se asimilan en razón de su común vocación mimética y cognitiva, P. Ricoeur ensancha la zona de interferencia al incluir también en ella la función hermenéutica, en su sentido más amplio, de la que ambos discursos se harían portadores.

---

<sup>10</sup> Véase también R. Barthes, «L'effet de réel», *Communications*, núm. 11, 1968, pp. 84-90; y «L'écriture l'événement», *Communications*, núm. 12, 1968, pp. 108-113.

*La ficción histórica: dos versiones contemporáneas. Yo el Supremo de Roa Bastos y Las Geórgicas de Claude Simon*

A propósito de un texto histórico, Roland Barthes hizo la siguiente relexión:

Au fond, la meilleure déconstruction ne consiste pas à abolir mais à déplacer. Nous sommes pris par l'histoire elle-même dans une entreprise historique de déconstruction de notre ancienne civilisation. Nous savons bien que nous ne pouvons pas déconstruire en détruisant le discours. La seule possibilité qui nous est laissée est de déplacer le discours à l'intérieur même du discours (...) à faire entrer le lecteur dans le jeu de quelque chose qui est à la fois connu et irréconnaissable<sup>11</sup>.

Aplicado a la literatura, ese desplazamiento del discurso, al que alude Barthes, capaz de significar de otra forma la historia, podría ayudarnos a definir el nuevo espacio de escritura en el que se sitúa la ficción historicista contemporánea.

Ni la historia es la misma, ni puede ser contada de la misma forma. Desde esta circunstancia, ficcionalizar la historia implicaría, por parte de la literatura, asumir los límites tanto de la representación como del conocimiento del pasado histórico, incorporando una revisión autocrítica en torno a las dificultades de refiguración e interpretación de la historia, y también un cuestionamiento desmitificador de la narrativa historicista como género, y de las convenciones y cauces narrativo-discursivos sobre los que ésta se articula.

Dos ejemplos concretos me permitirán ilustrar algunas de las consecuencias de este cambio en el discurso de la ficción historicista más reciente, y también de la visión de la historia que a su través se manifiesta. Ejemplos acaso tanto más significativos cuanto que aislados entre sí y exentos de cualquier relación de dependencia genética o causal: *Yo el Supremo* de Augusto Roa Bastos (1974) y *Las Geórgicas* de Claude Simon (1981). Me centraré en tres aspectos concretos: la representación del tiempo de la historia, la puesta en escena enunciativa y las estrategias de intertextualidad.

### *El tiempo de la historia*

Comenzaré por señalar que uno de los rasgos más significativos de estas novelas reside en su representación del tiempo de la Historia, al renunciar ambas ficciones a representar los acontecimientos del pasado como una progresión lineal, ordenada en una secuencia lógica o cronológica, y desarraigarlos del tiempo referencial del calendario o de lo que E. Benveniste define como «le temps chronique»<sup>12</sup>.

El tiempo histórico como recorrido lineal objetivable, articulado por las fechas del calendario, se desvanece en *El Supremo* de Roa Bastos, para dejar paso a un pre-

---

<sup>11</sup> R. Barthes, «Jean Ristat», *Bulletin Gallimard N.R.F.*, mai-juillet, 1980, p. 5; citado por M. Bertrand (1982), «Roman contemporain et histoire», *The French Review*, vol. 56, núm. 1, pp. 77-86, p. 80.

<sup>12</sup> E. Benveniste, «Le langage et l'expérience humaine», *Problèmes du Langage*, Paris, Gallimard, p. 15

sente absoluto desde el que la instancia enunciativa, en una omnisciencia sólo comparable a su omnipotencia política, reelabora la historia del Paraguay de antes y después de la dictadura:

Puedo permitirme el lujo de mezclar los hechos sin confundirlos. Ahorro tiempo, papel, tinta, fastidio de andar consultando almanaques, calendarios, polvorientos anaquelarios. Yo no escribo la historia. La hago. (325)

En el discurso del Dictador, pasado, presente y futuro se entreveran en un tiempo fragmentado, multidireccional y reversible, que escapa a toda lógica, dirección, sentido y finalidad. El tiempo de la ficción se impone sobre el tiempo referencial de la historia y sus exigencias de verosimilitud y coherencia, de tal manera que, desde el presente absoluto desde el que se enuncia, el Dictador Supremo se permite aludir a escritores posteriores a él, como Céline o Raymond Roussel, o también citar y comentar a historiadores del siglo xx, como Julio César Chaves, del mismo modo que éste citó y comentó documentos redactados por aquél. Junto con la desarticulación de los ejes temporales, la práctica del anacronismo constituye uno de los recursos más desmitificadores de la ficción de Roa Bastos, que subvierte el principio mismo de la verosimilitud histórica, al tiempo que redundan en la contestación de las cronologías de los historiadores y de la representación de la historia como sistema de causa-efecto, propia de la visión positivista. El modelo explicativo lógico-causal resulta, por consiguiente, inaplicable a la historia tal y como se ve refigurada en la ficción de Roa Bastos, siendo ésta refractaria, como el propio texto, a todo intento de reducirla a una secuencia única cronológica. Así representada, la historia sería tan incontrolable, tan irreductible para la razón, como lo es el azar; la imposibilidad de «abolir el azar» a la que alude el Supremo, retomando la metáfora mallarmea (211), haría ostensible tanto la imposibilidad de dominar el lenguaje como la historia que a su través se manifiesta, y conllevaría, por consiguiente, el desmentido implícito de la idea ilustrada según la cual la razón puede comprender plenamente e incluso cambiar el curso de la historia.

En su tentativa de ofrecer una visión simultánea de los hechos del pasado histórico, también Claude Simon renuncia en *Las Geórgicas* a la ordenación cronológica de los acontecimientos históricos, y sitúa al lector ante tres estratos temporales aislados entre sí (de la Convención revolucionaria a los primeros años del Imperio napoleónico, la Segunda Guerra mundial y la Guerra civil española), que se van imbricando en la narración de modo fragmentario y desordenado. Esta disposición acronológica de la materia narrativa exige por parte del lector un auténtico trabajo de reconstrucción o reorganización de los materiales dispersos y heterogéneos de la historia, acaso asimilable al proceso cognitivo e interpretativo propio del historiador. Y asimismo, la revocación de la convención del tiempo crónica supone no sólo la renuncia a representar el devenir histórico como una progresión lineal, que avanza desde un origen hacia un fin, sino que conlleva igualmente la contestación implícita de las nociones de evolución, avance o progreso. Ya que, en ese vaivén incesante y desordenado entre pasado y presente, se irá entretejiendo una red de analogías que incitan a percibir el curso de la historia como la replicación cíclica de experiencias y fenómenos asimilables (la tregua, la guerra, la debacle, la huida, el caos, el orden, etc..), comparables por su periodicidad y recursividad a los grandes

ciclos naturales, y tan incontrolables como éstos. El motivo caótico, articulador del engranaje narrativo, conforma igualmente la concepción de la historia que se desprende de la novela:

L'histoire se mettant à tourner sur place, sans avancer, avec de brusques retours en arrière, errant sans but, entraînant tout ce qui se trouvait à la portée de cette espèce de tourbillon, le happant lui même au passage, le projetant (ou le précipitant) au centre du maelström (...). (387)

Siendo así que, en la visión de Simon, la Historia sería concebida como una «revolución», no en el sentido ético o político del término, sino en el sentido etimológico, tal y como se desprende del exergo de *Le Palace* (1962): «Revolución: movimiento de un móvil que, al recorrer una curva cerrada, vuelve a pasar sucesivamente por los mismos puntos».

La re-escritura del pasado nos acerca, en estas dos novelas, al presente atemporal desde el que opera la instancia enunciativa, intentando cohesionar los fragmentos de tiempos memorables, y en el que la confusión de las fechas tiene poca importancia, al ser pasado y presente repeticiones aproximativas de lo mismo. En este aspecto, el tiempo de la historia se asemeja, en ambas ficciones, al tiempo propio del relato de los orígenes: de ahí, sin duda, el carácter mítico que cobran tanto la lección de historia del Supremo a sus fieles, como la del ancestro general a su descendiente, que se proponen iniciar a aquéllos en los arcanos de la historia.

### *La puesta en escena enunciativa: polifonía e intertextualidad*

A la representación acronológica de la historia y a la resultante descentralización de la estructura narrativa, se superpone, por otra parte, en ambas novelas, la multiplicación de discursos, de narradores y de focalizaciones narrativas. Frente a los puntos de vista centralizados propios de la ficción historiográfica convencional, se potencia en éstas lo heterogéneo, dialógico o polifónico.

Como el propio Roa Bastos ha indicado, uno de los núcleos generadores de la novela lo constituyó «el designio de permutar la función tradicional de autor por la de compilador» (1978, 86)<sup>13</sup>. Así, la narración no se presenta como un texto cohesionado por una instancia enunciativa centralizadora, sino como una «compilación», un texto de textos, en el que se amalgaman fragmentos de discursos de distinta naturaleza y voces narrativas de diversa procedencia, sucesivos desdoblamientos del Yo autorial. Así, en el discurso narrativo se van yuxtaponiendo el *Pasquín inicial*, los *Apuntes*, el *Cuaderno Privado* —balance personal y político del dictador—, la *Circular Perpetua*, mediante la cual el Supremo se propone restablecer «la verdad histórica» contra las «inventadas patrañas» de «los profetas del pasado», o los *Escritos al margen de Letra desconocida*, en los que una voz anónima crítica y contradice el

---

<sup>13</sup> Según Roa Bastos, el proceso de elaboración de la obra ha consistido en «copiar fielmente lo ya dicho y compuesto por otros» (1978, 86). La definición que el Diccionario de la Real Academia ofrece a este término es muy ilustrativa: «allegar o reunir en un solo cuerpo de obra parte de extractos o materias de otros varios libros o documentos».



discurso del Supremo y le recuerda que «Uno siempre se equivoca; la verdad comienza de dos en más...» (209). Y asimismo, el uso intensivo de las notas que completan, matizan o contradicen la versión de la historia que va elaborando el Supremo, multiplica los efectos de fragmentación textual, al tiempo que cuestionan la credibilidad del discurso del Dictador-historiador, al disputarle el punto de vista omnisciente —supremo— que éste pretende monopolizar.

También *Las Geórgicas* de Claude Simon nos sitúan ante un mosaico de fragmentos de textos heterogéneos. Documentos histórico-jurídicos, informes estratégicos, inventarios logísticos, epistolarios, e incluso un tratado de agricultura, se van injertando azarosamente entre los distintos cabos anecdóticos de la novela, que desarrollan tres experiencias distintas de la Historia, y también de la escritura de la Historia: la de un soldado de la infantería francesa en la Segunda Guerra Mundial, la de un general revolucionario y bonapartista y la de un voluntario en las milicias republicanas de la Guerra Civil española. Estos tres filones narrativos transparentan tres experiencias cognitivas de la historia de naturaleza muy distinta, que obedecen a tres tipos de focalizaciones narrativas: la focalización interna o actorial (capítulo II), la visión externa o neutra (capítulos III y V) y la visión omnisciente o auctorial (capítulo IV). El proceso de reconstrucción historiográfica se ofrece, por tanto, desde tres perspectivas diferentes: la del enunciador implicado en los hechos relatados, testigo presencial o narrador intradieгético que persigue la reordenación interpretativa de los mismos (actividad semiológica inscrita en el espacio de la experiencia personal); la del enunciador no implicado o heterodieгético, que se propone restituir la historia del ancestro general a partir de los testimonios escriturales de aquél, rellenando los silencios y descifrando los enigmas (actividad semiológica propiamente historiográfica); y, por último, la del enunciador que, desde una perspectiva auctorial pone de manifiesto los errores y ocultaciones de un texto historiográfico pre-existente, producidas por el desconocimiento de la historia por parte del autor del mismo (tarea de re-escritura o de metaescritura de la historia). De esta forma, en su ambición de significar las limitaciones sustanciales de toda interpretación, el texto de Simon nos ofrece la actualización narrativa de todas las estrategias posibles de la ficción, de todos los modos posibles de contar una historia, de contar la historia (Britton, 1984).

A la descentralización del punto de vista puede contribuir, de otra parte, el juego de las referencias intertextuales que redundan en el carácter dialógico y polifónico de estas novelas. Frente a las estrategias selectivas y jerarquizadoras propias de los puntos de vista supremos, se contraponen, en ambas novelas, la admisión de todo tipo de fuentes intertextuales, la inserción indiscriminada de materiales heterogéneos por su procedencia y tipología: textos literarios, documentos o pseudo-documentos históricos, fuentes historiográficas<sup>14</sup>. En lo que respecta a las fuentes literarias, las procedimientos de inserción abarcan todas las modalidades posibles;

---

<sup>14</sup> En lo que se refiere al *Supremo*, se recopilan desde documentos originales de la época de la dictadura, obras testimoniales de viajeros extranjeros, o estudios historiográficos recientes; me remito a la introducción de M. Ezquerro al *Supremo* (1987, 11-89) y al estudio de G. Martin (1977). En *Las Geórgicas* se incluyen cartas y fragmentos del diario personal del ancestro general Jean Pierre L. St. M., y también documentos notariales o certificados oficiales familiares, que Simon dice resumir o transcribir literalmente.

de la parodia o el pastiche, de las referencias veladas o indirectas (Virgilio, Orwell, Michelet en *Las Geórgicas*; Raymond Roussel, Lautréamont, Queneau o Céline, entre tantos otros, en *Yo El Supremo*), a la cita textual explícita (Mallarmé o Pascal en *El Supremo*, Proust o Balzac en *Las Geórgicas*). La riqueza y variedad de los materiales y las maniobras intertextuales, que sería imposible recoger aquí de forma exhaustiva<sup>15</sup>, pone de manifiesto la vocación compiladora y sumatística de ambos autores, la aspiración a la integración y reunificación de lo disperso y heterogéneo, así como la voluntad de arraigar sus propios testimonios escriturales dentro del devenir conjunto y cambiante de la literatura.

Pero, al mismo tiempo, esta equiparación entre fuentes históricas y fuentes literarias no está exenta de una crítica implícita de la utilización del documento histórico por parte de la historiografía. Crítica que puede explicitarse, cuando por ejemplo, el Supremo de Roa Bastos se permite, desde su omnipotencia enunciativa, censurar y corregir las versiones de los historiadores<sup>16</sup>, o someter a discusión la validez y fiabilidad de los documentos históricos:

Encerrar hechos de naturaleza en signos de contranatura. Los papeles pueden ser rotos. Leídos con segundas, hasta con terceras y cuartas intenciones. Millones de sentidos. Pueden ser olvidados. Falsificados. Robados. Pisoteados. Los hechos no. Están ahí. Son más fuertes que la palabra. Tienen vida propia. Atengámonos a los hechos (347).

La crítica de los documentos históricos es una constante en todas las novelas de Claude Simon; los problemas que interfieren en una interpretación ajustada de los mismos —contexto perceptivo, marcos de referencia, discrepancias entre denotación y connotación, etc.— ponen de manifiesto la resistencia que los testimonios históricos oponen a toda tentativa de interpretar plenamente la historia, exigiendo por parte del narrador-historiador, una incesante rectificación. Así por ejemplo, en los capítulos II, III y V, el proyecto de comprender y contar plenamente la historia pone de manifiesto las carencias sustanciales de toda interpretación, al quedar adheridos a ésta residuos de significado ilegibles, que pueden explicarse desde las categorías de la carencia (el texto dice menos de lo que quiere) o de la exuberancia (el texto dice más de lo que se propone).<sup>17</sup>

---

<sup>15</sup> La crítica que se ha ocupado de ambas novelas ha prestado especial atención a este aspecto. Veánse por ejemplo los artículos de P. Turton (1979) o de G. Neumann (1987).

<sup>16</sup> Como por ejemplo el *Ensayo sobre la Revolución del Paraguay*, de los médicos suizos Jean Rengger y Marcellin Longchamp, a quienes el Supremo descalifica abiertamente: «Usted, Juan Rengo, fue el más mentiroso y rufán (...)» (231).

<sup>17</sup> Véase, a este respecto, la descripción de un fotograma del asesinato de Kennedy en *Les corps conducteurs* (1971), París, Minituit, p. 26, en la que subyacen todos estos problemas. Sobre la crítica de los documentos históricos, véase Duffy (1987).

## *Conclusiones: La fragmentación como forma de acceso a la totalidad*

Lejos de someterse a las exigentes certezas interpretativas, la narración de la historia como proceso a la vez mimético y cognitivo, se torna actividad que debe explicarse a sí misma, desmitificando su aspiración a comprender lo que es la historia, se convierte en un discurso demostrativo de las carencias sustanciales de toda interpretación: de ficción histórica deviene «metaficción historiográfica» (Cfr. Pulgarín, 1995).

Y al mismo tiempo, al romper con la autoridad de las fuentes y de los documentos históricos, y ofrecer una amalgama de todas las interpretaciones posibles, de todos los textos a través de los cuales ha sido aprehendida la historia, la metaficción histórica induce al lector a ver todos los referentes como ficticios; lo histórico deviene ficción, toma apariencia de ficción. La historia ya no existe sino como materia narrativa; digerida por la escritura, reelabora su significación en la red de significantes que ésta le atribuye, asumiendo un nuevo estatus independiente de la exactitud histórica de lo relatado, «la historia dentro de la novela se hace otra» (Ezquerro, 1987, 53).

Frente a la liquidación de los grandes metarrelatos proclamada desde el pensamiento teórico posmodernista, o a la compartimentación de lo histórico en segmentos especializados, las novelas de Roa Bastos y de Simon se ofrecen, por sus ambiciones compiladoras y sumatísticas, como una alternativa globalizadora a la explicación lineal y ordenada de la historia o a su disgregación en múltiples espacios de conocimiento, como un nuevo tipo de metarrelato que recoge los fragmentos de la historia troceada, para recomponer, con la movilidad cambiante de las visiones caleidoscópicas, otra representación de la misma. El trabajo del escritor consistiría por tanto en fusionar lo heterogéneo, unificar lo disperso, trazar las conexiones entre los fragmentos de historia, experiencia, memoria y literatura.

La respuesta de la literatura frente a la crisis de la historia podría por tanto concebirse como una aproximación, siempre precaria, a la completud representativa, a la omnisciencia interpretativa, desde los principios compositivos de la fragmentación y la discontinuidad, que potencian en el texto la germinación de otros textos y discursos, la propagación de voces y perspectivas narrativas diversas, y el despliegue de los múltiples horizontes de sentido de la historia.

## *Referencias Bibliográficas*

### a) Libros:

- BAUDRILLARD, J. (1984), *Las estrategias fatales*, Barcelona, Anagrama.  
DE CERTEAU, M. (1975), *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard.  
FONTANA, J. (1992), *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica.  
GENETTE, G. (1991), *Fiction et Diction*, París, Seuil.  
LYOTARD, F. (1984), *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra.  
MARROU, J. I. (1954), *De la connaissance historique*, París, Seuil.  
PULGARÍN, A. (1995), *Metaficción historiográfica: la novela histórica en la narrativa hispánica posmodernista*, Caracas, Fundamentos.

- RICOEUR, P. (1985), *Temps et récit* (vols.I, II, III), París, Seuil.
- ROA BASTOS, A. (1987), *Yo el Supremo*, Introducción de M. Ezquerro, Madrid, Cátedra.
- SIMÓN, C. (1981), *Les Géorgiques*, París, Minuit.
- VATTIMO, G. (1986), *El fin de la modernidad. Nihilismo y Hermenéutica en la cultura post-moderna*, Barcelona, Gedisa.
- VEYNE, P. (1971), *Comment on écrit l'histoire*, París, Seuil.
- WHITE, H. (1978), *The writing of History*, University of Wisconsin Press.

b) Artículos:

- BARTHES, R. (1967), «Le discours de l'histoire», *Social Science Information*, 64, 65-75.
- BAUDRILLARD, J. (1984), «Reescribir la modernidad», *Revista de Occidente*, Madrid, 166, 23-25.
- BRITTON, C. (1984), «Diversity of discourse in Claude Simon's *Les Géorgiques*», *French Studies*, vol. 38, núm. 4, 423-442.
- DUFFY, J. (1987), «The subversion of historical representation in Claude Simon», *French Studies*, vol. 44, 421-437.
- MARTIN, G. (1877), «Repères pour une étude de la compilatoire historique dans *Yo el Supremo*», *Imprévue*, número especial, Montpellier, 37-55.
- NEUMANN, G. (1987), «Claude Simon et Michelet: exemple d'intertextualité génératrice dans *Les Géorgiques*», *Australian journal of french studies*, vol. 24, núm. 1, 83-99.
- TURTON, P. (1979), «*Yo el Supremo*: una verdadera revolución novelesca», *Texto Crítico*, 12, 10-60.